

El tropismo de la guerra

HACE muchos años tuve el placer de visitar a Jacques Loeb, el fisiólogo, cuyo laboratorio estaba entonces en California. Tenía en el cuarto un frasco de cristal lleno de erizos de mar jóvenes, si mal no recuerdo, pero que, en todo caso, eran seres negros, delgados y pequeñitos que flotaban dentro del agua. Cuando el grande hombre de ciencia vació dentro del cristal una o dos gotas de cierta sustancia química, todos aquellos seres instantáneamente se precipitaron a la parte del frasco más cercana a la luz.

«Son seres humanos», dijo sonriendo. «No hay duda de que ellos sienten cierta intensa emoción, una convicción de tal suerte que los impele a precipitarse a la luz; están seguros de que están decidiendo el destino del mundo. Pero en realidad lo que constituye sus cuerpos es cuestión de algunas sustancias químicas. Es lo que llamamos un *tropismo* — ese movimiento hacia la luz».

Ha pasado el tiempo y veo los erizos de mar en el gran frasco de cristal que llamamos el mundo, cogido por muchos extraños y terribles *tropismos*. Los ví precipitándose al crimen los unos a los otros, literalmente por millones; los veo esclavizándose y degradándose y atormentándose unos a los otros, de modo que deseo con ansia un gran fisiólogo que explique la química de los políticos del mundo y aclare qué ha sido arrojado al aire que respiran los humanos o al agua que beben.

Todos especulan acerca de este asunto, en la actualidad, a causa de que un grupo de hombres prominentes ha ofrecido un premio de \$100,000 para la mejor conjetura del tropismo de la guerra y cómo corregirlo. Es una tarea ingrata la de criticar el resultado, por ser tan grande el premio y tan respetables los jueces; no obstante consignaré mi convicción de que el plan de Bok no acabará con la guerra, porque han hecho entrar la clase de hombres de ciencia que no es. El plan es un plan político, para ser administrado por políticos; mientras que los *tropismos* de la guerra moderna son económicos.

Ese es el gran obstáculo con la mayoría de los esfuerzos que hasta aquí hemos hecho para resolver los problemas humanos y remediar las molestias del hombre sobre la tierra. Observamos las guerras y vemos que las hacen los gobiernos; y de esta manera deducimos que algo debemos hacer a los gobiernos para que se guarden

de declarar y llevar a cabo las guerras.

Aún no hemos alcanzado la sagacidad bastante para ir detrás de las escenas de los gobiernos y descubrir que son el producto de fuerzas sociales, que son creados por clases económicas para hacer la voluntad de estas clases.

Para explicar el asunto en las palabras más sencillas posibles, la guerra moderna la ocasiona la rivalidad por los mercados extranjeros y materias primas, de varios grupos de hombres de negocios; los gobiernos modernos son organizaciones para realizar las resoluciones de estos grupos; y las *naciones* modernas son uniones de trabajadores a quienes estos grupos han llegado a dominar y a usar en sus luchas contra otros grupos.

La anciana Señora Partington que tomó su escoba y se adelantó a barrer las olas del mar del quicio de su puerta, no era menos futil y absurda que el hombre que imagina que él puede corregir el *tropismo* de la guerra, mientras deja estos celos y codicias económicas en el control del mundo, y especialmente del poder de fabricar armas y venderlas para aprovecharse, y de comprar elecciones y funcionarios públicos, y por medio de propaganda y sujeción de las fuentes de información arrojan los pueblos a la guerra.

Algunos trataron de contener la pasada guerra y fracasaron. Otros, como el escritor, la soportaron y trataron de sacar de ella algo bueno y fracasaron. Ahora estas gentes vuelven sus pensamientos hacia la próxima guerra que está tan en camino y hacia cómo prevenirla.

El asunto más importante es la educación; explicar el problema a las grandes masas del pueblo que todavía nunca han sido dirigidas en el sentido de que posean un relato efectivo, que sin embargo deben tener, si realmente va a desaparecer toda guerra.

El único paso de mayor importancia en este proceso de la educación es corregir en el pensamiento público ese super-énfasis sobre las cosas políticas y esa desestimación de los asuntos económicos, que es la falta que condena a la impotencia y a la futilidad el plan de Bok.

Tomad los libros de texto que despararraman la historia sobre nuestra juventud en las escuelas, colegios y universidades. He estado haciendo un estudio detallado del asunto y sé lo que digo. No simplemente dedican la mayor parte de su espacio a la guerra, no simplemente glorifican la guerra y los que la hacen, sino que la tratan

como un asunto político; retratan los acontecimientos políticos que llevaron a ella y los tratados políticos que la terminaron, y casi nunca mencionan las fuerzas económicas y los intereses arrollados.

Únicamente hay una excepción, y es cuando lo que se presenta son los intereses económicos del enemigo, su egoísmo y codicia, la depravación de sus especuladores y financistas. Todos comprendemos por qué las clases dirigentes de Inglaterra quisieron gravar el comercio de las colonias americanas. ¿Pero a qué niño de escuela se le dice qué intereses se enriquecieron con la guerra de México, y cómo, y por qué los dueños de esclavos quisieron la guerra?

Abraham Lincoln, quien estaba a la sazón en el Congreso, lo supo y lo dijo al país; ¿pero, cuántos libros de texto citan esto como una parte de su gloria?

¿Quién sabe qué intereses se enriquecieron con la Guerra Civil y con la Guerra Mundial?

Preferiríamos que estos relatos de la verdad económica comenzaran por otras naciones. Y con agrado comunico que han comenzado. Bueno será para los niños de Francia tener la oportunidad de comprender los intereses verdaderos del pueblo francés, en oposición a los intereses del *Comité des Forges* (nombre del trust del acero en Francia) que al presente controla su gobierno y está entrenando millones de salvajess africanos para mantener en subyugación militar a los pueblos de la Europa Central.

He aquí un libro de lo más significativo e importante. Se llama *La Historia del Pueblo Francés* y se nos ofrece como el primero de una serie: *Historia de los Pueblos*.

La edición francesa lleva prólogo de Henry Barbusse, francés que ha servido a su país de tres maneras de importancia cumulativa: primero, la defendió en las trincheras; segundo, trató de salvarla de la próxima guerra escribiendo la mas grande de todas las protestas de guerra en forma de novela: *Bajo el Fuego*; tercero, trata de salvar su alma educando a la juventud en sus altas tradiciones de idealismo y libertad, por medio de una sociedad de propaganda llamada *Clarté*.

En la introducción a este nuevo estilo de libro de historia cuenta Barbusse lo que él y los dos autores han tenido en mente: tratar el pueblo y sus negocios y no «las batallas, las aventuras reales, y la glorificación e idealización de lo grande».

Nos dice que «La verdad no reside en los adornos teatrales. Reside en el drama, mucho más profundo y signi-

(Para a la página 288).